



***Marx*³. ¿El fin de la crisis del marxismo?**

Karl Marx, de Francis Wheen, Debate Editorial, Madrid, 2000. 366 págs.

Una guía para entender a Marx, de Edward Reiss, Siglo XXI, Madrid, 2000. 227 págs.

Marx's Ecology. Materialism and nature, de John Bellamy Foster, Monthly Review Press, New York, 2000. 310 págs.

Reseña de Eduardo Sartelli

La crisis del marxismo fue, hace unos años, un tema que cobró ribetes apocalípticos. Al menos para quienes creían que Marx y el marxismo constituían un tesoro que había que preservar. Inmediatamente, la cofradía de la luz roja dióse a la tarea de enfrentar la situación. La primera reacción, casi unánime, fue golpearse el pecho dando voces de pesar y ayes de dolor, súplicas de perdón y no lo voy a hacer más. Buena parte del personal político de los grandes aparatos partidarios comunistas y socialdemócratas agitó el tema como quien saca su pañuelo y dice adiós para no volver: no era más que la oficialización de un abandono que, para ese entonces, tenía décadas de historia sobre sus espaldas. Una segunda reacción consistió en un “retorno a Marx”, a leerlo “a él mismo en su mismidad”. Comenzó, entonces, una larga serie de monografías dedicadas a “aclarar” lo que décadas de *bad boys* estilo Lenin, Trotsky y otros, habían oscurecido, en su insidiosa tarea de apropiarse del nombre para decir otra cosa. Entre la filología y la hagiografía, el intento dio como resultado algunos buenos libros y mucha tontería. No faltó quien señaló que la crisis era intrínseca al marxismo y que, por lo tanto, nada nuevo había bajo el sol. Ni tampoco quien creyó que profundizar el delirio Dele-Guatta-Foucau-Negriniano era el mejor camino para arribar a playa segura. A ellos hay que sumarle los marxistas “buenos”, que admiten todo lo que se les diga porque “no hay que ser sectarios ni fundamentalistas”. Mala fortuna para el marxismo con semejantes amigos. Y es que el núcleo del problema se encuentra oculto tras la maraña de respuestas entre interesadas y carentes de perspectiva acerca de qué es el marxismo. Vamos a utilizar los textos que reseñamos, todos ellos aparecidos en los últimos dos años, para elaborar una respuesta que irá surgiendo del mismo recorrido.

La estatua con rostro humano

En cuanto lo vi en las librerías, me asaltó una sensación que ya se me hizo costumbre (y como se verá, prejuicio) ante ocasiones similares: otro brulote más sobre Marx que, so capa de “devolvernos al hombre, al ser humano tras la figura histórica”, se regodea en los detalles escabrosos de su vida, como si eso invalidara su tarea intelectual o política. Reconozco que simpatizo más con la personalidad de Engels (que amaba a las mujeres, adoraba el buen vino y



cultivaba la amistad como pocos) que con el Marx atroz que abandona al hijo concebido con su sirvienta (podríamos escribir centenares de hojas a partir de este hecho, que no se olvida aunque páginas después lo veamos destruido de dolor por la muerte de uno de sus pequeños...). Pero la maniobra, además de sucia, es inútil: habrá quienes nunca hayan cometido actos miserables (no me cuento entre ellos) y podrán tirar la primera y hasta la última piedra, pero el asunto desborda a la persona y sus miserias. Marx no es el marxismo y, por muy miserable que fuera, no tiene ninguna importancia para lo que aquí nos convoca: la ciencia y la revolución. Con esta reflexión en mente desde tiempo atrás, con este prejuicio hacia las publicitadas biografías de Marx de las grandes editoriales, encaré el trabajo de Francis Wheen.

Ameno y bien redactado, como corresponde a una buena pluma de periodista, el texto desborda de admiración por la figura. Informado sobre cuestiones teóricas y filosóficas, Wheen relata con detalle muchos episodios de la vida del Moro. Sin embargo, salvo al público poco conocedor, al resto no va a añadirle nada nuevo. No es cierto, como reza la contratapa, que Wheen nos presente “por primera vez a Marx, el hombre”. No se encontrará aquí nada que no se sepa ya. Tampoco se le achaca al personaje teorías absurdas o que no le correspondan. Incluso cuando hace su evaluación de *El Capital*, demuestra que lo ha entendido mejor que muchos (como Luis Alberto Romero, según se lee en su reseña de Wheen en *Clarín*): el autor señala que este no es un libro de economía, sino una obra de arte, una sátira social. Sin embargo, cuando describe lo que él entiende por tal cosa, salta a la vista que comprende perfectamente el objetivo de Marx. Lo que le permite destacar hasta qué punto se adecúa la redacción de *El Capital* a la comprensión del fenómeno llamado capitalismo: no es una sátira caprichosa, la locura está en el mundo. Lo que Wheen no parece comprender es que eso es ciencia pura. Reconozco, entonces, que este libro no merecía ser objeto de mis prejuicios, aunque como se verá más adelante, este tipo de reivindicaciones de Marx, vengan de marxistas o no marxistas, constituyen sólo un síntoma de un fenómeno de mayor alcance y cuyas raíces se encuentran en otro lado.

Una guía para no entender a Marx ni al marxismo

Al revés, ahora, tomé el libro de Edward Reiss con la esperanza de tener a mano una “guía” útil de Marx. Teniendo que dar clases y cursos recurrentemente, siempre resulta necesario recomendar alguna lectura general, un texto suficientemente abarcativo del conjunto de la problemática marxista. Hélo aquí, me dije. Y no, triste decepción. El texto se propone constituir una guía de lectura neutral, es decir, ni aprobatoria ni desaprobatoria, devolvernos al “verdadero Marx” con sus contradicciones y aciertos. Al menos eso dice el panegírico introductorio de Francisco Fernández Buey. Que parece haber leído otro libro. Reiss, profesor universitario, ha construido un texto con sus clases. Incluso, tratando de ser didáctico, separa la



exposición de los temas (muy abarcativo, eso sí, tal vez el único mérito del texto) de la valoración que él realiza, agregando una serie de preguntas al final, como para quedarse pensando. Realmente, no parece que la exposición sea didáctica, en la medida en que despacha temas complejos con afirmaciones tajantes, no demostradas o ilustradas. Incluso cuando cita a Marx para sostener alguna de sus opiniones suele suceder que dicen lo contrario de lo que él afirma (véase pág. 79 frase de Marx y Engels sobre la defensa de una política de clase, que Reiss lee como “resignación” de dos viejos desencantados).

Para peor, Reiss (que indudablemente tiene un conocimiento importante del marxismo) demuestra no haber comprendido la importancia y complejidad de ciertos temas cruciales, como la alienación (véase, luego de una exposición razonable, págs. 28 y 29, donde se enumeran otras causas de “alienación” olvidadas por Marx, como “nuestra extrañación” de la espiritualidad, los sentimientos y “nuestro ser superior”-¿?) o la explotación (véase pág. 118 donde se demuestra que Nike “explota” a obreras tailandesas porque del total del precio de un par de zapatillas sólo le llega a la obrera el 2,3% del precio de venta). El asunto llega al disparate en el capítulo sobre la relación entre el marxismo y el género, en el que Reiss recoge las críticas más vulgares del feminismo de la diferencia para decir que “Marx y sus seguidores despreciaron el lenguaje característicos de planteo dubitativo, la inseguridad y la vulnerabilidad” (pág. 153). Lo que lo lleva a postular que el marxismo es incompatible con el feminismo (parece ser que por su seguridad en sí mismo) a pesar de que páginas atrás había remarcado los logros teóricos del feminismo socialista... Al respecto, Reiss parece conocer menos todavía del mundo real: señala que la preeminencia que Marx le otorga a la producción demuestra que su visión es patriarcal y machista y por eso puede aportar poco sobre la historia de las mujeres, probablemente influido por el hecho que en la era victoriana la producción era un “mundo de hombres” (pág. 51). No sólo se contradice con largos párrafos en los que Marx destaca la entrada de la mujer a la fábrica y a la producción en general (párrafos que el mismo Reiss cita aprobatoriamente por lo vívidos y por su carga moral) sino que ignora que la era victoriana se caracterizó por todo lo contrario, de ahí la fuerza que cobró el feminismo y la preocupación que desencadenó entre los socialistas (que se evidencia en la proliferación de textos sobre la mujer como los de Bebel, Engels, Lafargue y otros).

Es común, también, que Reiss enumere todo lo que Marx no dijo, omitió o no consideró importante. El listado es tan arbitrario como anárquico e incluye hasta previsiones para que “la retórica del socialismo” no se utilice para otros fines (pág. 90). Lo que es falso, porque si de algo se acusa a Marx es del exceso polémico por cuestiones en apariencia menores, en nombre de la defensa de la “doctrina” (como se ve en la frase malinterpretada de la que hablamos más arriba ubicada en pág. 97). Párrafo aparte merece la relación establecida entre Marx y Hegel



(pág. 104): el primero habría escrito *El Capital* aislado de las “nuevas corrientes” intelectuales en boga en Alemania, razón por la cual suponía todavía fresco el pensamiento del segundo...

Vayamos al fondo del problema, para no abundar mucho más en algo que no lo merece: ¿Por qué un conocedor indudable de la obra de Marx escribe una “guía” tan superficial que no hará más que perderse a quienes quieran orientarse en el mundo del filósofo alemán? El punto de partida, la perspectiva influye mucho. Ignoro si Reiss es marxista analítico, pero no hay duda que simpatiza con ellos y hace carne sus tesis centrales: Marx utilizaba un lenguaje confuso plagado de metáforas y dialéctica hegeliana, su fuerza radica no en el análisis científico (del que carecía) sino en la postura moral y en la elocuencia con la que denuncia una explotación que no puede explicar. Así, la “economía” marxista no existe y debe ser reemplazada por la teoría subjetiva del valor y el marginalismo, la explotación explicada como un caso de injusticia distributiva, la pretensión de conocimiento “holístico” reemplazada por el individualismo metodológico y la teoría de la historia limitada a choques automáticos entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Es decir: Roemer, Elster, Cohen, Carling. Parte de un grupo de intelectuales que cree que el marxismo está en crisis y que puede salvarse desde que ellos se sentaron a pensar “analíticamente”... Es lógico que a partir de este enfoque se encuentren contradicciones donde no las hay: el sentido de cualquier cosa es función de su relación en un sistema, no puede aislarse, “analizarse” en abstracto como defienden los “analíticos”. No es sorprendente, tampoco, que coincida con las ilusiones socialdemócratas (hoy día liberales, lisa y llanamente) de un mundo que ya no sería como Marx previó, pero que cuesta reconocer tal como lo describe Reiss: donde no hay crisis, la desocupación y la miseria han sido controladas y la política ordena al capitalismo y lo somete a otros valores... La ignorancia de las tendencias reales del mundo actual y un método que violenta todo lo que toca, se suman a la ausencia de conocimiento sobre las críticas que la perspectiva analítica ha recibido y los resultados fácticos de la investigación marxista en el campo de la economía, en la teoría del valor, de las crisis, de las leyes de funcionamiento y su validación empírica. Si el lector desea “extrañarse” y perderse en la jungla del marxismo, Reiss puede ayudarlo. Si quiere salir del pantano, difícil, difícil...

La cuarta fuente del marxismo y un libro de combate

¡Por fin una buena! Es sabido que Lenin explicaba el nacimiento del marxismo como la confluencia de tres corrientes de pensamiento, la economía política inglesa, la filosofía alemana y el socialismo francés. Sin embargo, parece posible postular, a la misma altura, otra “fuente” del materialismo histórico, el materialismo antiguo. Así, junto a Ricardo, Hegel y Proudhon, debiéramos alinear con toda justicia a Epicuro. Esta es la conclusión (poco sorprendente apenas



uno lo piensa) a la que se llega luego de terminar la lectura del excelente *Marx's Ecology*, de John Bellamy Foster.

Resulta más interesante destacar que no se trata de un texto cuya erudición esté sólo al servicio de la mera reconstrucción del pensamiento de Marx. Todo lo contrario, se trata de un texto de combate y en un área sensible a la política marxista actual, como la ecología. Es un tópico común el que el marxismo es ciego o está invalidado para ciertas problemáticas, como el género, las cuestiones étnicas, el nacionalismo y, no podía faltar, la ecología. Foster, revisando posiciones anteriores, arremete contra los críticos “verdes” y no concede nada: no sólo Marx tuvo importantes intuiciones útiles para pensar la relación entre la humanidad y la naturaleza, sino que resulta imposible entender dicha relación sin remitirse al marxismo. Por eso el libro se llama “la ecología de Marx” y no “Marx y la ecología”. No se trata de una relación circunstancial, accesoria, sino central, axial. Para demostrarlo, Foster reconstruye la historia del materialismo, desde Epicuro y Demócrito hasta la ilustración francesa, pasando por Bacon y Gassendi, mostrando la profundidad de su influencia en Marx, a quien coloca como parte de una larga tradición de defensa de la ciencia y de la libertad de conocimiento.

El libro alumbra tanto la importancia del marxismo para comprender el metabolismo entre la humanidad y la naturaleza, como la no menor importancia de la comprensión científica (es decir, darwiniana) de la naturaleza para entender acabadamente la base científica del materialismo histórico. Tengo por convicción que los buenos libros son los que nos obligan a leer otros buenos libros y nos guían hacia ellos. Este es un caso: la defensa del materialismo, la no menos encendida defensa de la ciencia y del conocimiento científico de Foster (un ecologista convencido, lo que hace todo mucho más atrayente habida cuenta del misticismo que suele rondar el “pensamiento verde”) es tan sólida que uno se siente parte de una lucha milenaria contra el oscurantismo religioso, contra la ignorancia y la ideología organizada de los opresores. Sentimiento que me llevó a leer *Ciencia y política en el mundo antiguo* y *Mano y cerebro en la ciencia antigua*, de Benjamín Farrington, dos libros de una belleza y una potencia política sorprendentes. Y ya que estaba allí, para qué parar y por qué no seguir con el *De rerum natura* de Lucrecio, que puede encontrarse a cinco pesos en una bella edición de tapas duras y que me proporcionó horas de continuado placer revolucionario, una tarde de lluvia y mate como hacía rato no tenía. Que Stephen Jay Gould es una lectura obligada para todo marxista, es decir, para todo científico, ya lo sabía, luego de haberme leído casi la obra completa. Pero Foster hizo algo más que recordarme lo bueno de leer a Jay Gould: me permitió reafirmar, una vez más si hiciera falta, mi irreductible convicción de que mi pasión por las ciencias duras, en especial por la biología, y mi apasionada vocación marxista, no sólo no son contradictorias sino, todo lo contrario, profundamente solidarias. Fue así que me devoré en pocas horas *The Dialectical Biologist* de Levins y Lewontin. Que me llevó de cabeza, de nuevo, al tan vilipendiado



Dialéctica de la naturaleza, de Engels, previo paso por el novísimo *El sueño del genoma humano y otras ilusiones*, de Richard Lewontin (fea traducción para el indudablemente bello y gershwiniano *It Aint't Necessarily So* –recomiendo la versión de Cher- del original inglés).

El argumento central de los ecologistas contra el marxismo ha tenido siempre un núcleo duro, la crítica al supuesto “prometeísmo” de Marx, que surgiría de su desprecio por la naturaleza expresado claramente en la teoría del valor trabajo. “Prometeísmo” que uniría a Marx con la burguesía y su comportamiento ciegamente predatorio. Así, dado que el trabajo es la única fuente de toda riqueza, la naturaleza carece de valor alguno y, por ende, puede sometérsela sin consideración alguna. El derecho de la humanidad sería el dominio de la naturaleza sin atenuantes. Como señala Foster, siguiendo a Sartre, muchas de las críticas al marxismo suelen ser críticas de Marx a otros intelectuales. Fue Marx el que criticó a Proudhon por “prometeísmo”, la idea de que la dominación de la naturaleza podía defenderse en abstracción de las leyes que la guían y despreciando las consecuencias de la acción humana sobre ella. Para Marx, como para Bacon, el “dominio de la naturaleza” presupone el conocimiento de las leyes que la guían y el respeto del complejo metabolismo que la humanidad establece con ella. Metabolismo que no es entre dos “externidades”, en tanto la humanidad es naturaleza, al mismo tiempo que la naturaleza se humaniza por la acción humana. En consecuencia, Marx propone el único marco en el cual pueden desarrollarse “valores ecológicos”, escapando tanto de la colonización de la naturaleza por el capital (y, por ende, la dominación de la humanidad) como del anti-humanismo del ecologismo ingenuo, que presupone que el respeto por la naturaleza depende de la eliminación de la especie humana, una visión romántica, organicista y, en última instancia, posmoderna. Fue también Marx el que criticó a Lasalle por defender la idea de que toda riqueza tiene su base exclusivamente en el trabajo, una posición idealista que presupone que la naturaleza no existe o es simplemente un marco neutral. Para Marx (y para Engels, enfatiza Foster) toda posición “ecológica” debe partir del concepto de desarrollo sustentable (que el Moro toma de Liebig) y de un análisis del metabolismo humanidad-naturaleza en términos de co-evolución (que desarrolla a partir de Darwin).

El texto de Foster repasa, entonces, toda la tradición científica del estudio de la naturaleza que llega hasta Marx (desde Epicuro a Bacon y Gassendi), demostrando cómo el idealismo dominante coincide con una dominación de clase que es hostil al trabajo (desde Aristóteles y Platón hasta Descartes y el postmodernismo) y, por ende, al mundo material en general. Hecha también nuevas luces sobre la relación entre Darwin y Marx, revelando la importancia de científicos como Liebig en la formación del marxismo y de su análisis de la relación metabólica entre la humanidad y la naturaleza. A partir de allí se permite destruir las posiciones de los críticos, tanto de los marxistas (entre ellos, Michael Löwy, tan propenso a



aceptar por buena cualquier crítica romántica al marxismo) como de los no marxistas (Anthony Giddens, Reiner Grundman, Wade Sikorski, John Clark, etc.). Al mismo tiempo, rescata el desarrollo posterior del marxismo en temas ecológicos: William Morris, August Bebel, Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo, Lenin y Bujarin. Más interesante todavía, es el rescate de la escuela de ecología soviética destruida con el ascenso de Lysenko (en especial Vernadsky y Vavilov) y del marxista inglés Christopher Caudwell, los únicos que se apartan de la estéril crítica culturalista de Gramsci, Lukács y la escuela de Frankfurt, demostrando que el marxismo debe huir de la crítica romántica del capitalismo como de la peste. Y debe, y aquí me entusiasmo de nuevo, recuperar la fructífera relación con la tradición científica que, desde Oparin a Haldane, Bernal y Needham, se expresa hoy en Stephen Jay Gould, Richard Levins y Richard Lewontin.

La crisis del marxismo y un futuro optimista

Empezamos esta secuencia señalando que la crisis del marxismo resultó tema de debate hace algunos años. En los últimos, sin embargo, se ha puesto de moda anunciar cada dos por tres el “retorno” de Marx. Basta para eso que aparezca de tanto en tanto algún libro relativamente importante (como esa tontería de Derrida) o una seguidilla de textos menores que tengan al “demonio” o sus ideas como protagonista. Así, como tituló *Página12* en una ocasión, parece que “Marx attack” de nuevo. Sin embargo, igual que antes, ahora tampoco. Ni el marxismo estaba en crisis antes ni está de moda ahora. El marxismo no es una posición ideológica ni un programa político. “Marxismo” es el nombre vulgar que recibe la ciencia en el ámbito del análisis social. No es una teoría particular, coexistente con otras, sino la ciencia misma. Como tal, hablar de historia o sociología marxista es tan absurdo como hablar de física einsteniana o biología darwinista. Marx abre el campo de la historia y el análisis social a la ciencia y, como tal, no es un “padre fundador”, “un rayo en un cielo sereno”, el profeta. Marx es, simplemente, un científico. Un científico que pertenece a la larga prosapia de representantes de la ciencia, que viene desde el fondo de la historia, desde el conocimiento más elemental del primer representante del género homo hasta el día de hoy. Una prosapia de luchadores contra la ignorancia y, por lo tanto, contra la dominación. Esto no significa que todo científico sea un revolucionario social, sino que la ciencia contiene un potencial revolucionario inigualado. La larga noche del estalinismo hizo creer a muchos marxistas (vía Frankfurt, entre otros) que la crítica romántica y cierto irracionalismo constituían un antídoto ante los excesos científicos. Se dejó de lado el que Marx nunca dejó de pensarse como científico y sentirse parte de la vanguardia de la ciencia junto con Liebig, Darwin, Morgan y otros.



¿Es que nunca hubo una crisis del marxismo? En realidad, “lo que hubo” fue la crisis de la política de partidos que se reclamaban (con mayor o menor justicia) marxistas. Es la crisis política de la clase obrera, no la crisis de la teoría científica. Y que parezca que Marx retorna porque tras un par de décadas de tonterías ideológicas burguesas (estructuralismo, postestructuralismo, postmarxismo, postmodernismo, deconstrucción, etc., etc.) sus tesis fundamentales comienzan a hacerse visibles por todos lados, no es más que la consecuencia política lógica de la crisis del capitalismo. No es que el marxismo haya mejorado por obra de cuatro o cinco académicos sesudos, sino que el triunfo de la burguesía de los años '70 está haciendo agua nuevamente. La crisis del capitalismo se manifiesta entonces como crisis de las ideologías burguesas y, por lo tanto, como fortalecimiento de las posiciones científicas. Recuperar la biografía de Marx (como la de otros “demonios” –Lenin ahora está de moda) no deja de ser útil, sobre todo a partir de un comentarista simpático como Wheen. Desenmascarar a los falsos “eruditos” al estilo Reiss tampoco está mal. Pero nuestro trabajo, como científicos, es hacer ciencia. En ese sentido, Foster nos ha hecho un enorme servicio: nos recuerda que sólo es posible recuperar el potencial político perdido a partir del análisis científico de la realidad. Pero este es otro síntoma de la crisis de las ideologías burguesas: no es casual que su libro llegue en momentos en los que se hace obvia la incapacidad del ecologismo burgués para combatir la destrucción capitalista del mundo en que habitamos. Un momento en que los “nuevos movimientos sociales” (entre los cuales la ecología fue estrella permanente) han pasado ya al trasto de la historia y renace la política de clase. Poner el trabajo científico al servicio de esa tarea es la mejor manera de “potenciar” a Marx.